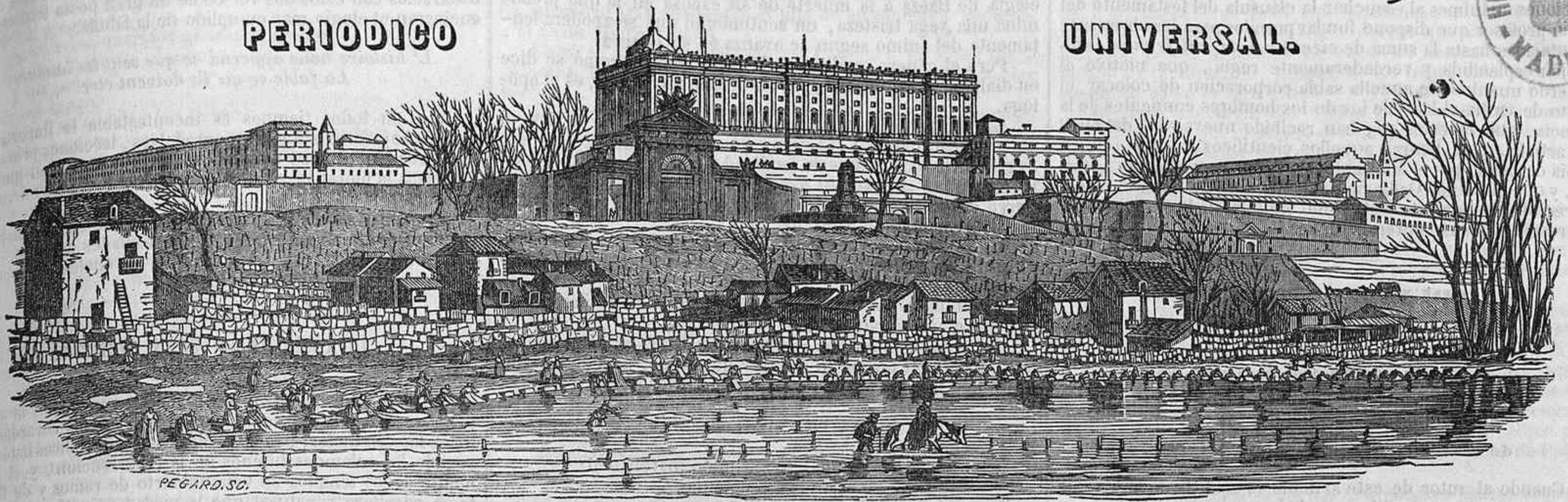


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 213.—SÁBADO 26 DE MARZO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

NECROLOGIA.

EL DOCTOR ORFILA.

El sábado 12 del presente marzo á las siete de su mañana dejó de existir en París, á impulsos de una aguda pulmonia, el célebre profesor de medicina ORFILA, una de las primeras reputaciones científicas de la época, y que con sus luminosos trabajos y brillante carrera en mas de cuarenta años, ha contribuido acaso mas que otro alguno á elevar á las ciencias médicas al punto de esplendor en que hoy se encuentran.

Para todos los hombres estudiosos y para todos los amantes de la humanidad, la noticia de la pérdida de un sabio distinguido, de un apóstol tan insigne de la ciencia, debe ser lamentable; pero cuando hay la circunstancia de que este hombre eminente vió la primera luz entre nosotros, habló la primera vez en nuestro idioma, y cursó los primeros años en nuestras aulas, sube de todo punto aquel interés que nos inspiraría en otro caso en términos generales.

Vamos, pues, á consignar en este breve artículo, el sentido recuerdo y simpatía que el nombre del doctor Orfila excita entre sus compatriotas, y algunas noticias de su vida y de su carrera científica triunfal.

El 27 de abril de 1788 (y no 83 como han estampado por equivocación todos los periódicos) nació en la ciudad de Mahon, capital de Menorca, una de las Baleares, MATEO JOSÉ ORFILA, hijo de un comerciante medianamente acomodado, quien tratando de darle carrera cuando llegó á la edad conveniente, y creyendo seguir en ello la vocación del joven insular, le dedicó en 1802 á la marina, embarcándole en clase de segundo piloto en un pequeño buque mercante que recorría las costas del Mediterráneo. Pero sin duda alguna el joven Orfila reconoció en la práctica que no era aquel el camino que le señalaba su estrella, y consultando intimamente sus fuerzas y verdadera vocación, se decidió á abandonar la marina en 1805, y se dedicó á estudiar física y química en Valencia con tan seguro éxito, que al año siguiente obtuvo el primer premio en ambas ciencias. Sus extraordinarios progresos llegaron á hacerle tan notable, que llamaron la atención de la junta de Barcelona, quien le escogió para enviarlo pensionado con seis mil reales á París á estudiar las ciencias naturales. Acogido semejante nombramiento con indecible entusiasmo por el joven Orfila, se apresuró á trasladarse á su destino, y pasando por Madrid, llegó en 9 de julio de 1807 á la capital de Francia.

La famosa guerra de la independencia española que estalló al año siguiente, al paso que colocaba á nuestro joven compatriota en una posición bien difícil en la capital enemiga, vino tambien á privarle instantáneamente del único recurso de la modesta pensión que para seguir sus estudios le habia concedido la junta de Barcelona; y á no haber sido por la feliz circunstancia de residir en Marsella un pariente suyo que tuvo la generosidad de franquearle un auxilio equivalente, acaso el distinguido educando se hubiera visto precisado á renunciar á una carrera en que le aguardaba tanta gloria. Pero el ánimo esforzado de un joven de veinte años, sediento de saber, é impulsado por el entusiasmo de la ciencia, le hizo sobreponerse á todos los inconvenientes, superar y vencer todos los obstáculos, y concluir entre el aplauso de sus maestros y condiscípulos una brillante carrera escolar, hasta obtener el suspirado grado de doctor.

Unidas aquellas distinguidas cualidades morales á una persona simpática, á un porte distinguido, á una conversacion amena, á una instruccion en fin variada y halagüeña, Orfila al presentarse decididamente en aquel gran teatro, en aquella brillante sociedad de la capital francesa, parecia como que preveía de antemano los honores y la dignidad que en ella le esperaban: y hasta una circunstancia incidental, y pudiera decirse, contradictoria con su austera profesion, cual era su afición á las bellas artes, sus conocimientos músicos y su hermosa voz, sirvió no solo á abrirle las puertas del porvenir, sino tambien á enlazarle con la familia de uno de los mas célebres artistas de la época, el escultor Lesoeur, con cuya hija contrajo matrimonio en 1815. Cuando mas adelante el decano de la facultad de medicina, el célebre profesor y escritor Orfila, el gran oficial de la legion de ho-

nor, el médico de cámara, y el futuro par de Francia, reunia en sus salones lo mas distinguido de las artes en brillantes conciertos, no faltó alguno que al escucharle interpretar con la mayor felicidad las mas bellas creaciones de sus amigos Rossini, Mayerbeer y Donizetti, decia muy oportunamente



El doctor Orfila.

este gracioso retruécano. «S'il n'avait pas trouve la voie de la fortune, il eut trouvé la fortune dans sa voix.»

Pero remontándonos de nuevo á la época en que terminó sus estudios, es lo cierto que se halló al entrar en el mundo entregado á sus propios y personales recursos, y tan despro-



JIMENEZ

MERINO

El Escmo. Sr. D. Pascual Fernandez Baeza.

visto de todo auxilio ageno, que él mismo decia que cuando cesó de recibir la subvencion que le proporcionaba su pariente de Marsella hasta graduarse de doctor, se hallaba con solos seis francos en el bolsillo. Hé aquí el punto de partida del opulento profesor que mas adelante habia de estar en disposi-

cion de fundar y dotar copiosamente museos, crear cuantiosos premios, y hacer legados colosales á los establecimientos científicos.

Los primeros pasos que dió hácia su futura fama y su asombrosa nombradía, consistieron en un brillante curso de química que regentó y en que tuvo la fortuna de sacar discípulos tan aventajados como Beelard, Julio Cloquet, Edwards y otros igualmente célebres en la ciencia, y la publicación de su *Tratado de venenos ó toxicología general* que hizo en 1812, á los venticuatro años de edad, obra admirable que causó la mas viva sensacion en el mundo científico, que fué adoptada desde luego como una produccion clásica, como un guia seguro para los alumnos y los prácticos, y aprobada por el instituto, mereció los estensos y luminosos elogios de Pinel, Vauquelin y Peroy.

El nombre de Orfila, que empezó á resonar con ella en el templo de la fama, adquirió aun mayor celebridad con sus *Elementos de química médica* que produjo en 1816, que adoptaron desde luego como testo no solo las escuelas francesas sino tambien las mas celebradas de Europa, colocando á su autor desde luego en aquel puesto eminente en que ha sabido sostenerse despues.

De esta época tambien datan desgraciadamente las últimas relaciones de Orfila con nuestro pais y el suyo; pues aunque llevado de un sentimiento patrio muy natural en una alma noble, parece que ofreció sus servicios á la junta de Barcelona para fundar la enseñanza que se propuso aquella al pensionarle en su primera época, le fué contestado que la escasez de recursos á que habia venido por causa de la guerra, no permitia por entonces á la junta dicha fundacion; y por otra parte llamado á Madrid por el gobierno para reemplazar al profesor D. Luis Proust, antes de aceptar propuso al rey un sistema que pronto hubiera dotado á la España de todos los profesores de química de que carecia, cuya propuesta no fué aceptada, y por lo tanto quedó libre Orfila de todo compromiso con su pais.

Naturalizado pues, en Francia, fué nombrado médico honorario de Luis XVIII, y en 1819 consiguió llegar á ser catedrático de la facultad en la enseñanza de medicina legal que desempeñó hasta 1823 en que pasó á regentar la de química.

En 1820 fué recibido miembro de la academia de medicina, y en el mismo publicó sus célebres *Lecciones de medicina legal*, que colmaron un gran vacío que se observaba en la ciencia, siguiendo desde entonces esa brillante serie de sus triunfos académicos, profesorales y prácticos en una inmensa coleccion de escritos todos dignos y celeberrimos, en una científica enseñanza, y en una multitud de casos prácticos en que el nombre de Orfila ha ido siempre unido á las mas admirables investigaciones, á los mas profundos y felices resultados.

En 1830 llegó, en fin, Orfila á la regencia ó decanato de la facultad, y en los años siguientes fué miembro del consejo general de hospicios y hospitales, despues del consejo general del departamento, del de instruccion pública, primer médico de cámara de Luis Felipe, oficial, comendador, y gran cruz de la legion de honor, interin se le preparaba el asiento de par de Francia en el palacio de Luxemburgo.

En merecimiento de tantos honores, de tan elevada nombradía, el decano de la facultad, el célebre catedrático, el escritor eminente desplegó una fuerza de voluntad, una inmensidad de recursos tales, que cambió, puede decirse, la faz de aquel célebre instituto, creando en él el nuevo jardin botánico, el hospital clínico, el célebre museo Dupuytren, y la sociedad de socorros médicos; estableció nuevas é interesantísimas cátedras, reformó y mejoró considerablemente el sistema de enseñanzas, publicó ininidad de libros y tratados utilísimos, formó los mas aventajados alumnos y profesores, y con la inmensidad de su ciencia, la energía de su voluntad y la fuerza de su ejemplo y de su palabra, elevó en fin, aquella célebre escuela (la primera del mundo) al apogeo de su reputacion y de su gloria.

Ultimamente, no contento con estos servicios científicos, activos y personales, ha prestado á la ciencia otros infinitos pecuniarios; no ha titubeado en hacerla los mayores sacrificios, en devolverla con creces los honores y las riquezas que habia recibido de sus manos. El riquísimo museo de Amiens

es regalo de Orfila; las academias, los institutos y museos de París, ostentan tambien sus donativos, y no hace todavía dos meses que resonaban en la academia de ciencias las aclamaciones unánimes al escuchar la cláusula del testamento del sabio profesor que dispone fundar premios para las obras mas aventajadas hasta la suma de *ciento veinte mil francos*; donación espléndida y verdaderamente regia, que motivó el acuerdo unánime de aquella sabia corporacion de colocar el busto de Orfila al lado de los de los hombres eminentes de la ciencia, que muertos ya, han recibido nueva vida del buril del artista, para honrar aquellos científicos salones. ¡Quién habia de decir que el fatal golpe de la parca estaba tan próximo, y que el grande Orfila no habia tampoco de tener el placer de recibir en vida este testimonio singular de la admiracion y del respeto de sus contemporáneos!

APUNTES CRÍTICOS

ACERCA DE LAS POESÍAS

del Esmo. Sr. D. Pascual Fernandez Baeza,

Y POR INCIDENCIA

de las condiciones literarias del siglo.

Cuando al autor de este artículo le cabe la dicha de que llegue a sus manos un libro verdaderamente poético, acostumbra á abrirlo con respeto, á leerlo con cariño y á juzgarlo con desconfianza de sí propio.

De la misma manera que escita su asombro el recio nadador que corta con esfuerzo y vence con denuedo una corriente impetuosa, así tambien le admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas al través de las tendencias y del espíritu del siglo actual.

Por una contradicción harto frecuente en la historia de la humanidad, hay que buscar en una época calificada de bárbara la sensibilidad, el entusiasmo religioso, el amor caballeresco, el culto del honor, fuentes inagotables de poesía.

¡Cosa rara pero cierta! Los grandes corazones palpitaron debajo de una pesada armadura de hierro: y ahora que iluminan todo el orbe los destellos del astro de la civilización, las corazas son inútiles: el hierro está en los corazones.

Al contemplar un vasto circo rodeado de gradas en las que la ávida muchedumbre se apiña ardiendo en deseos de presenciar el encuentro de dos campeones que recorren el palenque apercibiéndose á la lid y haciendo sentir el acicate á sus briosos caballos, se comprenden los latidos de un corazón de poeta. ¡Qué mucho que broten de sus labios inspiradas trovas celebrando el ardor de la pelea, la destreza de los quites, los mote de los escudos y el orgullo del vencedor que de un fiero bote de lanza derriba al suelo á su adversario, y roto el yelmo y cubierto de sudor y polvo recorre paso á paso, serenando el rostro, la agitada arena entre el estruendo y gritería de nobles y pecheros.

En nuestra época se celebran torneos infinitamente mas útiles, torneos industriales. Pero ¿qué vate pulsará la lira para ensalzar los triunfos de la perfumería francesa, la superioridad de la loza del Zollverein, la victoria del charol inglés ó las inmarcesibles glorias de la bugia esteérica!

Hubo un tiempo en que, á la mágica voz de un ermitaño que referia los sufrimientos de los peregrinos en Tierra Santa, se alzaron las naciones; y en confuso tropel los reyes y los vasallos, los nobles y los villanos, los ancianos, los jóvenes, se precipitaron bajo la enseña de la Cruz y perecieron por su fé en las abrasadas arenas de la Siria.

Las Cruzadas engendraron al Tasso.

En la actualidad la reina de los mares, que contempla impasible las heróicas convulsiones de una raza generosa que se ahoga bajo la mano de hierro del *Tedesco*, se conmovió no ha mucho al difundirse la infausta nueva de que se cerraban los mercados del Celeste imperio. ¡Qué la importa en verdad que perezca una nacion entera! ¡Qué afecta á sus oídos el estertor de la agonía de todo un pueblo! Pero que se perjudique al comercio inglés en un solo penny. ¡Santa Biblia! ¡Qué abominación! ármense las escuadras, cruja la artillería, deráramese á torrentes la sangre humana á la mágica voz de *hurrah* por el opio!

¿Y habrá jamás un poeta que cante la guerra del laúdano?

El lema que ostenta al presente la antigua y orgullosa Albion es, antes morir que no vender.

Y Mercurio, el Dios de sus ejércitos.

Inútil es prodigar ejemplos para convencer de que las revoluciones han trastornado la calma aparente de la sociedad antigua, del mismo modo que la reja del arado rompe el césped que esmalta una pradera haciéndola perder por algun tiempo su belleza, con tal de producir en adelante ópimos frutos.

Preciso es conocerlo. En nuestros días Pluto ha destronado á las Musas. El comercio, limitado en un tiempo á la maldecida raza judaica, es ocupacion á que se entregan los reyes y los magnates. Y no es raro ver al descendiente de Guzman el Bueno ó de D. Diego Lopez de Stúñiga, figurando en el consejo de administracion de una sociedad anónima, ó solicitando un privilegio esclusivo para la fabricacion del queso de bola.

Por do quier que se vaya se respira una atmósfera de treses, cupones, cotizaciones, pólizas y dividendos, que si es beneficioso para muchos, es méflica para el poeta.

Hasta el báculo y la espada se inclinan, aunque momentáneamente, ante la incomensurable influencia de la letra de cambio.

En tal estado de cosas, no es extraño que abunden mas las tablas de logaritmos que los poemas épicos.

Pocos, muy pocos son los que resisten el torrente y conservan pura su imaginacion de poeta.

Entre ellos debe colocarse sin duda alguna al señor Don Pascual Fernandez Baeza, cuyas obras han sugerido al que esto escribe las antecedentes reflexiones.

El gran poeta de cuyas yertas manos ha rodado hace poco el cetro de la crítica, el que consideraba la censura como un magisterio, ha prodigado á la Oda á Azara elogios tanto mas apreciables, cuanto que los dictaba la mas severa imparciali-

dad. Y en efecto, esta composicion recuerda por su elevada entonacion, por sus grandes rasgos, algunas estrofas del sublime Herrera. Bien conocida es tambien la tiernísima elegía de Baeza á la muerte de su esposa en la que predomina una vaga tristeza, un sentimiento que se apodera lentamente del ánimo segun se avanza en su lectura.

Pero el género predilecto, la especialidad, como se dice en dialecto galo-hispano, del autor que nos ocupa, es el apólogo.

En una pequeña coleccion impresa que tiene á la vista el que esto escribe, hay un gran número de fábulas en las que se revela la extraordinaria facilidad de Baeza en este género. *El niño y el cazo*, *El asno fanfarron*, *La corona*, *El entierro del escarabajo* y *Los niños baleares*, son composiciones de un mérito indisputable.

Es imposible satirizar con mas gracia la inexplicable vanidad de ciertos pigmeos intelectuales que en *El asno fanfarron*.

La fábula de los dos *Alhelies* es una de las mas ingeniosas y de las mejor versificadas de la coleccion.

Termina el tomo una composicion titulada: *Fábula verdad*, escrita en un metro difícil y que es por mas de un concepto notable, por cuya razon paso á transcribirla.

LA VIDA DEL HOMBRE.

Débil raudal, que tímido marchando
Leve rama de brezo detenía,
Crece, ligero corre, y en su via
Entre plantas y riscos va jugando:
Límpido arroyo, salta retozando;
Riachuelo veloz, con valentía
Salva el tronco y peñasco, y su alegría
En medio la pradera va mostrando:
Rio, surca orgulloso el valle ameno;
Mas cuando las llanuras fertiliza
Mezcla sus puras aguas con el cieno:
Turbio y pesado entonces se desliza
Del mar á sepultarse al hondo seno.
Tal nace el hombre, crece y finaliza.

En general todos los apólogos de Baeza se distinguen por la profundidad del pensamiento que contrasta con la ligereza y gracia de la expresion. En su mayor parte tiene tambien un sabor de novedad muy poco comun en las composiciones literarias de nuestra época.

Y la razon es bien obvia, porque la escritura ó la imprenta han conservado las producciones de millares de generaciones pasadas, y no hay composicion literaria de la que no puedan citarse seis ú ocho modelos acabados.

El apólogo mismo, no obstante sus modestas apariencias, ha sido uno de los géneros mas cultivados, y no se necesita mucha erudicion ni gran lectura para que se presenten á la memoria al ocuparse de este asunto y en columna cerrada los nombres de

Vichnou-Sarma.
Bidpai.
Sady.
Esopo.
Fedro.
Avieno.
La Fontaine.
Gay.
Moore.
Gogol.
Hagedorn.
Gellert.
Pignotti.
Iriarte.
Samaniego.

Bien se deja conocer en vista de esta enumeracion, muy incompleta por cierto, que en el vasto campo del apólogo cosechado por tales hombres, apenas quedan algunas espigas para sus sucesores.

Si no temiera hacer mas difuso este artículo, muy fácilmente probaría que en los demas géneros sucede lo mismo, y que los pensamientos, las formas, las invenciones se hallan casi agotadas; lo cual explica ese clamor de plagio! plagio! que se levanta contra casi todas las producciones modernas.

Atendidas estas circunstancias, el haber evitado tales acusaciones es un mérito indisputable que concurre en las fábulas que voy examinando.

Estas, preciso es decir la verdad, adolecen sin embargo, como todas las humanas obras, de algunos defectos que conviene señalar por lo mismo que le es muy fácil á su autor el evitarlos. Como todos los poetas improvisadores peca Baeza de algo incorrecto en ciertas ocasiones.

Tambien puede hacersele un cargo de la estremada concision de algunos de sus apólogos, que encierra en una redondilla como si tratara de rivalizar con el griego *Gabrias*, de quien se cuenta que despachaba todas sus fábulas en cuatro versos.

Sin duda este defecto ha debido ser notado por el mismo Baeza, pues en una fábula suya, titulada *La mula y el toro*, que adorna cierto album, se nota una marcada tendencia al género descriptivo, en que tan acabados modelos ha dejado La Fontaine. Y ya que se habla de album, en el de la célebre *Ciequecita de Manzanares* se halla la siguiente delicadísima composicion de Baeza, que por la oportunidad del pensamiento merece transcribirse aquí.

Á LA CIEGA DE MANZANARES.

Vemos la torre angular
redonda; vemos que gira
el tijo gran luminar;
vese el espectro solar
crecer y todo es mentira.

Solo del entendimiento
la luz celestial nos guia
con verdad al firmamento,
donde tiene su alto asiento
el Dios que verás un día!

Escusado es por lo demás encarecer la utilidad del género predilecto de Baeza. A los hombres limitados, á las inteligencias miopes que califican al apólogo de cosa fútil, puede con- testárseles con estos dos versos de un gran poeta francés que encierran el elogio mas cumplido de la fábula.

*L'histoire nous apprend ce que sont les humains
La fable ce qu'ils doivent être.*

Y si en todos tiempos es incontestable la importancia de dar, bajo formas ligeras y agradables, lecciones provechosas, crece la utilidad del apólogo en una época en que por desgracia la moral va reduciéndose á proporciones microscópicas.

El género satírico (y la fábula es una de sus formas) conviene mas que otro alguno á las necesidades del siglo.

Nunca, en efecto, florecieron los Juvenales y Perseos en la era afortunada de los Cincinatos.

VELISLA.

INFANCIA DE UN GRAN MINISTRO.

La conmemoracion de las pascuas, nuncio de la alegre primavera, habia esparcido el contento en los corazones de todos los cristianos; bajo las bóvedas de las basílicas habian resonado los solemnes himnos de la resurreccion, y el pavimento de los templos se veia cubierto de ramos y de flores, tapiz odorífero y natural que la piedad primitiva de la edad media ofrecia al Dios de las alturas.

En tanto que la poblacion de San Dionisio se entregaba al júbilo, una pobre cabaña solitaria formaba, por la tristeza de sus moradores, penoso contraste con el placer universal. Inmediatos al hogar se hallaban un anciano y un niño sentados en groseros banquillos: aquel se mostraba sombrío y desahogado, pues ya inclinaba sobre el pecho su rostro surcado de arrugas, ya juntaba ambas manos con amargura, y dirigía al cielo sus ojos humedecidos por las lágrimas. El niño, cuya fisonomía presentaba el doble sello de la dulzura y de la inteligencia, habia concluido demasiado pronto el aprendizaje de la desgracia, para que dejase de comprender la naturaleza de los tumultuosos pensamientos que alligian el corazón de su abuelo. Acercóse á él sin ruido, se colocó sobre sus rodillas, é imprimió en sus enjutas mejillas tiernísimos besos. El anciano se sonrió sin enjugar sus lágrimas, y dijo á su nieto al paso que enredaba los descarnados dedos entre sus rubias sortijas:

—Siempre vienes, bribonzuelo, á inspirarme valor cuando empiezo á desfallecer. ¡Qué dichosos son los hombres á tu edad! ¡Cuán poco se cuidan de las penas y de los trabajos de esta vida!

—¡Ah, papá mio! contestó el niño con resolucion: se me figura que haceis mal en afligiros, porque estoy seguro de que Dios y la Virgen Santísima no nos han de abandonar.

—¿Lo crees así? repuso el anciano meneando la cabeza en señal de duda.

—No solo lo creo, sino que lo afirmo.

—¿De veras?

—Habeis de saber que anoche tuve un bellissimo sueño.

¿Quereis que os lo refiera?

—Con mucho gusto.

—Soñaba que estábamos como esta noche, tristes y afligidos, y que presenciábamos la alegría y las diversiones del pueblo, mientras corrían nuestras lágrimas en abundancia. De pronto nos cercó una nube, que no tardó en rasgarse para dar paso á una luz mas brillante y hermosa que la del sol. Al mismo tiempo se me apareció la Virgen con su hijo en los brazos, y me dijo: «Eres un niño infortunado: ten valor, porque tu padre y tu madre, que están entre los ángeles del cielo, han pedido á Dios por tí: servirás pues á Dios, y algun día llegarás á ser abad de un rico monasterio.» Antes que yo pudiese dar las gracias á la Virgen, habia desaparecido detrás de la nube y... nada ví. Decidme ahora, abuelito, ¿no es este un sueño muy hermoso?

—Sin duda, sin duda, respondió el viejo bastante pensativo. Pero ya es hora de recojernos... ve á acostarte, como siempre, sobre la paja.

—¿Y la cena? preguntó tímidamente el niño.

—¡Ah! Sí... Tienes razon... Todavía conservamos un pedazo de pan de centeno, que yo queria guardar para que almorzaras mañana. Tómalo.

—No, no, abuelito: esperaré hasta mañana.

—Tómalo ahora, porque mañana...

El anciano llamó: el niño, despues de dar fin á su modesta refaccion y de recitar sus oraciones, se echó sobre un montón de paja, quedando de allí á poco profundamente dormido.

Entonces se acercó á él el abuelo y le contempló atentamente. La fisonomía de aquel hombre, unos momentos antes tan sombría, se habia iluminado por una especie de fuego interior; en su mente, abatida por los sufrimientos y las privaciones, germinaba un pensamiento enérgico, una resolucion inmutable.

—Ese sueño, murmuró, ha sido una revelacion de la Providencia: el porvenir estaba escrito en las miradas de mi nieto. Amable, dócil y piadoso, ese niño agrada en todas partes, y al punto encontrará protectores. ¡Oh, tú, á quien con tantas fatigas he educado; huérfano de mí alma! Hazte el cielo venturoso y Dios y la Santísima Virgen ocupen el lugar de tus padres... Al separarme de tí, me privo para siempre del consuelo de mi vejez, pero cumplo un deber sagrado. Ni vacilaciones, ni un arrepentimiento egoísta... Algun día conocerás el sacrificio que me impongo y dirás enterneciéndome: «¡Cuánto me amaba el pobre Elimando!»

Pronunciadas estas palabras, levantó el anciano al niño con mucho cuidado y lo envolvió en una manta vieja y rota; despues salió de la cabaña con su preciosa carga, y se dirigió lentamente hácia la catedral, en la cual oraban todavía algunos fieles...

La hora de maitines habia sonado y los religiosos, llevados á su frente á Adán, Abad de San Dionisio, acababan de abandonar sus celdas y se dirigian hácia el altar mayor para rezar sus oraciones, cuando un objeto de forma extraña y sus miradas. Acercáronse á reconocerlo y vieron un niño cuidadosamente envuelto en una manta y sepultado en pre-

fundísimo sueño: no bien aproximaron una luz á su rostro, cuando abrió los ojos; pero turbado, al hallarse en aquel sitio y en presencia de los austeros religiosos, lanzó un grito y quiso huir. Detuvieronle con cariñosa bondad y uno de los monges le preguntó:

—¿Quién eres, querido? ¿Cómo te llamas?
 —Sugiero, contestó el niño.
 —¿Y tus padres?
 —No los tengo.
 —¿Huérfano en edad tan tierna!
 —Nunca he conocido á mi padre ni á mi madre; mi abuelito Elimando es el único que me ha amparado.
 —¿En dónde habita?
 —En San Dionisio.
 —¿Y cómo te encuentras aquí abandonado?
 —Dios mío! exclamó Sugiero con angustia. ¡Me ha abandonado! ¡El, que me amaba tanto!
 —Tranquilízate, pues le encontraremos y volverás á su lado. Pero debemos creer que, para haberte confiado de este modo á merced de la divina Providencia, sin duda le han aconsejado gravísimas razones tan grande sacrificio. ¿Erais pobres?

—¡Oh! Sí... muy pobres, repuso el niño: Elimando no podía ya trabajar, y yo no soy todavía bastante fuerte para serle útil: muchos días nos ha faltado pan... Los religiosos se miraron unos á otros con marcadas señales de conmiseración.
 —Dime, querido, le preguntó el abad ¿querías servir á Dios, como nosotros, estudiando, escribiendo y cantando en el coro?
 —¡Me preguntais si querria yo eso! exclamó Sugiero alegremente: sería para mí una verdadera felicidad. ¡Y qué! ¿No me ha ordenado la Santísima Virgen, en un sueño, que sea su humilde siervo?

—Ve en tí muy buenas disposiciones y el tiempo nos dirá si cumples lo que ofreces.
 Después de maitines condugeron al niño al interior del convento. No bien amaneció, cuando se hicieron mil pesquisas para encontrar á Elimando; pero todas fueron infructuosas, pues se había ausentado del país. No tenemos necesidad de describir el dolor de Sugiero, cuyo pensamiento se fijaba sin cesar en aquel venerable anciano, que, elevando la ternura hasta el heroísmo, se había privado voluntariamente del consuelo de sus últimos años. Lejos de pretender que cesase bruscamente tan legítimo dolor, los buenos religiosos procuraban suavemente moderarlo y combatirlo por medio de inocentes distracciones. No tardó el estudio en obrar una poderosa distracción en el espíritu de Sugiero, que se entregó á él con un ardor y una perseverancia infatigables. Todo sonreía á su imaginación, pues ora se alimentaba de textos sagrados, ora trazaba con el pincel sobre finísima cartulina ó vitela esas grandes y bellísimas letras de bermellón, de azul, de oro y de plata, que todavía admiramos hoy en los manuscritos de aquella época. Apenas habían trascurrido algunos años, y ya era Sugiero el mejor discípulo de la abadía. D. Adan, encomiando paternalmente sus rápidos progresos, decía de continuo:—«Leo en la frente de este joven la sagrada voluntad de Dios: ó yo me engaño mucho, ó Sugiero está llamado á brillantes destinos. Es nuestro hijo adoptivo, y tal vez, después que yo muera, llegará á ser vuestro padre.»

Acostumbraban entonces los reyes de Francia enviar á la abadía de San Dionisio á sus herederos presuntos. Allí recibían los jóvenes príncipes una educación esmerada, al abrigo de la seducción de los placeres y del peligro de las adulaciones. Nada convenia tanto al aprendizaje tan difícil de la ciencia de reinar, como aquella vida sosegada y cenobítica: los príncipes no se diferenciaban de los demás monges, y sus estudios no eran menos severos.
 Cierta día se paseaba Sugiero solo y pensativo á la sombra de los árboles del monasterio: pensaba en el magnífico descubrimiento que había hecho, encontrando en la biblioteca del convento las obras de Horacio, sepultadas entre el polvo y el olvido. De pronto divisó sentado en un banco de piedra á un adolescente, cuya fisonomía grave y meditabunda revelaba al mismo tiempo un carácter dulce y resignado. Los dos jóvenes cambiaron una mirada simpática: les bastó un instante una palabra, un apretón de manos, para convencerse de que serian amigos, y de que sus almas eran hermanas.

—¿Acabais de llegar á la abadía? le preguntó Sugiero.
 —Hoy mismo... mas ¿cómo es que no os he visto entre mis jóvenes compañeros?
 —Porque he estado trabajando en la biblioteca las estampas de una Biblia que queremos presentar á nuestro buen abad el día de su santo.
 —¿No sois Sugiero, el primer discípulo de los monges?
 —Soy Sugiero, sí, pero no merezco lo que habeis añadido, pues otros me ganan en instrucción.
 —No extraño esa modestia, porque sé que esta siempre acompaña al verdadero mérito.
 El recién llegado dirigió á Sugiero otras muchas preguntas y luego le presentó la mano diciendo:
 —D. Adan tenía razón: Dios te ha predestinado: ten valor y prosigue tu camino. Si quieres aceptar mi amistad, te la ofrezco tan durable como mi vida.
 —¡Oh, hermano mío! exclamó Sugiero vivamente conmovido: te doy gracias por tu oferta y te seré siempre adicto. Recuerdo sin embargo que nada me has dicho de cuanto te concierne.
 —Es poco importante.
 —Mas ¿no puedo al menos saber tu nombre?
 —Me llamo... Luis; hasta la vista.

El joven se alejó corriendo, pero otro monge que se paseaba en aquel mismo sitio, y que por discreción permanecía algo apartado, se acercó entonces á Sugiero y le dijo:
 —Te felicito sinceramente.
 —¿Por qué? le preguntó el primero sonriéndose.
 —Por el afecto que te manifiesta el príncipe.
 —¿Qué príncipe?
 —Luis, hijo de nuestro soberano Felipe I.
 —En verdad, respondió sencillamente Sugiero, me alegro de no haberlo sabido antes, pues el heredero de la corona de Francia conocerá que le amo por él mismo.
 Desde el día en que se vieron por primera vez los dos jó-

venes, estrecharon su amistad. Siempre estaban juntos en la sala de estudios, en la biblioteca y en la mesa del refectorio. Sus inteligencias se unian por medio del trabajo y su fé por medio de la oración. Era un espectáculo que conmovia aquella intimidad fraternal entre el hijo de un monarca poderoso y el de un oscuro vasallo.

Llegó el año de 1099: Felipe I asoció á su hijo Luis al gobierno del Estado, y Sugiero permaneció solo en San Dionisio.

Aunque sostenido por la piedad y por el estudio, el pobre religioso conoció que se debilitaban sus fuerzas desde que cesó de ver al amigo que había elegido su corazón. Afectado de una melancolía, cuyos estragos ocultaba cuidadosamente, recorria tristemente la nave de la iglesia y los grandes claustros, llamando á un ausente, sin recibir la menor respuesta. En vano le habían designado unánimemente los monges como su futuro abad, pues él se mostraba insensible á tan envidiable distinción, y aun la consideraba con terror, diciendo en su cristiana modestia, que debía ser una carga demasiado pesada para sus hombros.

Nueve años después de la separación, que tan penosamente había afligido el corazón de Sugiero, el 29 de julio de 1108, gritaron los franceses: *El rey ha muerto; viva el rey*. Pocos días después resonaron en las bóvedas de la abadía los ecos de marciales clarines: Luis VI iba á visitar á los religiosos, á sus antiguos preceptores.

Al saber Sugiero esta noticia, no consultó mas que su alegría, y acudiendo al encuentro del joven soberano, se arrojó á sus piés y procuró tomarle la mano para vesársela.

Luis levantó del suelo al amigo de su juventud, y le dijo después de estrecharle en sus brazos:

—Tu puesto está aquí, en mi pecho. Nuestra separación ha sido larga, pero desde hoy viviremos juntos: tu talento y tus virtudes son indispensables para mi pueblo. Ven conmigo á París, donde quiero que vivas á mi lado, para que me ayudes con tus luces. Ven y serás mi mejor consejero, así como en San Dionisio fuiste mi mejor amigo.

EL PALACIO DE SOUBISE.

Elévase en el *Marais*, en el vasto y silencioso barrio, cuyas calles están sembradas de yerba y en el cual espira y se pierde el bullicio del París civilizado, uno de esos monumentos curiosos é interesantes, que á cada paso ofrece dispersos la antigua Lutecia. Hablamos del hôtel de Soubise, llamado hoy palacio de los archivos, que se halla entre las calles del *Rastrojo* y del *Paraiso*.

Este vetusto edificio, tan lleno de recuerdos, testigo de tantos acontecimientos y de tantas tormentas políticas y que sirvió de morada á tantos hombres ilustres, es al presente muy poco conocido. Apenas lo han visitado algunos artistas, varios anticuarios y muy pocos historiadores, de modo que la mayor parte de los habitantes de París ignoran hasta su existencia. Por esta razón creemos que se leerán con gusto los pormenores históricos que vamos á dar de un monumento, digno de la atención de todos y que, por mas de un título, merece excitar la curiosidad pública.

A fin de evitar confusiones, dividiremos el palacio de los archivos en palacio de Clisson, de Guisa y de Rohan-Soubise, nombre con el cual se le designa generalmente. Fijado ya este punto, demos principio á nuestra tarea.

Carlos V dió al condestable Oliverio de Clisson, el 13 de agosto de 1371, cuatro mil libras, para que comprase en París una casa, llamada segun Sanval, la Gran Cantera del Temple, porque en ella estuvieron establecidas las carnicerías del convento de los Templarios. Clisson hizo construir allí una vivienda, que mas tarde formó parte del palacio de Soubise, por la parte de la calle del *Rastrojo*. Pasquier pretende que los ciudadanos de París la regalaron al condestable cuando se presentó en 1383 á castigar su sedición. Las dos MM. de oro, que se veían en las paredes del edificio, significaban Misericordia y se le daba el nombre de hôtel de Clisson ó de la Misericordia.

Saint-Foix es de parecer contrario, pues asegura que Carlos V puso á disposición del condestable cuatro mil libras, y añade que si la casa se llamó hôtel de la Misericordia, fué porque los de París se presentaron delante de ella pidiendo gracia, y porque en efecto, el día 25 de enero de 1383 intercedió Clisson en favor suyo, y que se arrojó á los piés del rey en el patio de palacio, *siendo esta farsa valor entendido*.

En cuanto á las MM. coronadas, dice que eran simples adornos militares, aludiendo á los puñales, llamados *miseri-cordias*, de los cuales se servían los antiguos paladines para dar el golpe de gracia á sus enemigos vencidos.

¿Cuál es, entre estas dos versiones, la mas verídica? Dejamos la resolución al buen juicio de nuestros lectores.

Clisson se aficionó mucho á su residencia, que le aproximaba á su rey Carlos VI, por lo cual la adornó con gran lujo. Las acciones mas brillantes de su vida y de la de Duguesclin se veían representadas en una serie de cuadros. Refiérese que paseándose mucho después Enrique de Guisa por aquella galería, y viendo pintada la escena en que Bertran Duguesclin ayudaba al conde de Trastámara para que matase á Pedro el Cruel de Castilla, pronunció estas palabras: «Siempre exámino con placer ese cuadro; Duguesclin tuvo la gloria de »destronar á un tirano.» «Ya, pero ese tirano no era su rey,» le contestó con orgullo el senescal Cascado, hijo del senescal Juan, que murió en la batalla de Pavía por salvar á Francisco I.

Clisson vió interrumpidos sus trabajos por un suceso terrible, que le hizo olvidar el hôtel, para no pensar mas que en la venganza.

Pedro de Craon, señor de Sablé y de la Ferté-Bernard, y chambelan del duque de Orleans, se había chanceado con la duquesa, exagerando una intriga de su esposo con cierta judía muy bella. Esta indiscreción le valió ser despedido de la servidumbre; pero atribuyendo su desgracia al condestable, le esperó en la calle de *Santa Catalina* durante la noche del 13 de junio de 1391, y le acometió al frente de una veintena de malandrines. Clisson se defendió lo mejor que pudo con una daga muy corta; pero acosado por el número y herido de

tres estocadas, cayó y el peso de su cuerpo abrió la puerta de un panadero, que á la sazón estaba calentando su horno. Los veinte espadachines huyeron por la puerta de San Antonio creyéndole muerto. El rey tuvo noticia del asesinato cuando iba á acostarse, «se echó una hopalanda, le ajustaron sus »zapatos y corrió al sitio donde decian que su condestable »acababa de ser muerto.» Le encontró bastante animoso y le dijo: «Condestable, ningun delito habrá sido jamás tan castigado como lo será este.»

Dejemos trascurrir dos siglos y nos encontraremos en 1536, época en que el palacio de Oliverio Clisson fué comprado por Carlos, cardenal de Lorena, y por Francisco de Guisa, quienes derribaron el antiguo edificio, y mandaron construir otro nuevo, mas magnífico é importante.

Después del asesinato de Francisco de Guisa, ocurrido el 18 de enero de 1563 en Orleans, su hijo Enrique el *Acuchillado* llamó á Nicolas el Primático y al maestro Raun, los dos artistas mas aventajados del siglo XVI, para que convirtiesen su palacio en una residencia casi real.

Hemos llegado á una época muy interesante de la historia de Francia; á la Liga. Mientras duró esta crisis política, el palacio de Guisa, habitado por el jefe de aquella asociación, se convirtió en su cuartel general. En él se concertó el degüello de la noche de San Bartolomé; de él salieron los emisarios del *Acuchillado*, que inmolaron tantas víctimas á la venganza de su amo; de sus salones partió el mismo Enrique para asesinar al almirante Coligny, cómplice presunto de Poltrot de Meré.

Bien quisieramos presentar pormenores menos sombríos á nuestros lectores, pero al recorrer la historia de la casa de Guisa, solo encontramos páginas de sangre.

Aquella muger joven y hermosa, que se deslizaba furtivamente en el palacio de Guisa, y entraba por una puerta secreta en el gabinete del cardenal de Lorena... todos saben quien era; todos conocen á la célebre duquesita, que llevaba pendientes de su cintura unas tijeras de oro para hacer á Enrique III la corona monacal. ¿Qué buscaba allí? ¿No lo adivináis? Preguntaba á su tío los medios de que se valdria para convertir á un rey en monge.

¡Silencio! El reloj de la iglesia inmediata señala la media noche; una ventana del misterioso palacio de Guisa se abre con precaución; aparece una luz; aquella ventana es la del gabinete de la hermosa Catalina de Cleves, duquesa de Guisa. Un hombre se presenta, se agarra á los hierros salientes, y salta á la calle. Ten cuenta, Saint-Megrin, porque ya no protege el título de amigo y favorito de Enrique III... Saint-Paul y Mayena, apostados por el *Acuchillado*, lo estrangulan con el pañuelo bordado de su amante.

Otra muger acude tambien al palacio de Guisa, y entra secretamente en el gabinete del cardenal. Es la bella Gabriela de Estrees, nombrada por Enrique IV duquesa de Beaufort, y envenenada por el florentino Zamer. Fué madre de César de Vendome, que dió el ser al famoso duque de Beaufort, jefe de los alborotadores de la Fronda, ídolo del pueblo de París y rey de los mercados. ¿Y por qué no habia de ser frondista? ¿No corría por sus venas sangre de los de la Liga?

Lleguemos á otros acontecimientos, ya que no tan curiosos, al menos de mayor importancia: estamos ya en la jornada de las Barricadas.

El pueblo de París, alarmado en 1588 por la llegada de cuatro mil suizos y por las armas que se almacenaban en el Louvre, llama á voz en grito al duque de Guisa, y Enrique III le envia una orden prohibiéndole entrar en París: Guisa encarga al portador de esta orden que haga presentes sus razones al consejo real, y prosigue su marcha. Aturdido Enrique, redacta otra comunicación; pero como el tesoro estaba exhausto y no se podia enviar un extraordinario, fué preciso confiar la segunda orden al correo municipal: no llegó á tiempo, y Guisa entró en París por la puerta de San Antonio el día 9 de mayo de 1588.

El pueblo le recibió con entusiasmo, y llegó al Louvre entre mil aclamaciones, y allí le asustó al pronto el recibimiento frio y rencoroso que recibió de Enrique, pues al mismo tiempo se estaba decidiendo su muerte. Tomó aliento sin embargo, entró en la sala del consejo, y procuró justificar su conducta. Aquella noche reunió á los suyos en su palacio y envió por todas partes emisarios que asegurasen que el rey queria vengarse de los católicos favoreciendo á los hereges. Los habitantes de la Greve, de los Mercados y de la Universidad, se ponen en movimiento y ocupan los puentes, que atraviesan los suizos pica al hombre y tambor batiente. Una palabra bastaba para inflamar á París, y la palabra se pronunció en el palacio de Guisa: todo el pueblo corrió á las armas, se tocó á rebato, se desempegaron las calles, y se tendieron las cadenas. El rey envió á Guisa mensaje sobre mensaje, pero el duque, al paso que daba incentivo á la sedición, contestó:—«Son toros escapados, y no puedo hacerles entrar en el toril.» Empieza el fuego de arcabuces, y por mas que los suizos enseñan sus escapularios para probar que son católicos, no se les oye y quedan degollados. A la noche envia de nuevo Enrique III al mariscal de Byron, para que el duque de Guisa salve las tropas reales. Ablandado ya este, consiente en ello, monta á caballo, y todas las barricadas, todas las cadenas le abren paso: llega al Louvre, se quita enteramente la mascara, y pide una autoridad sin limites sobre el ejército, la convocatoria de los Estados Generales, etc., etc.

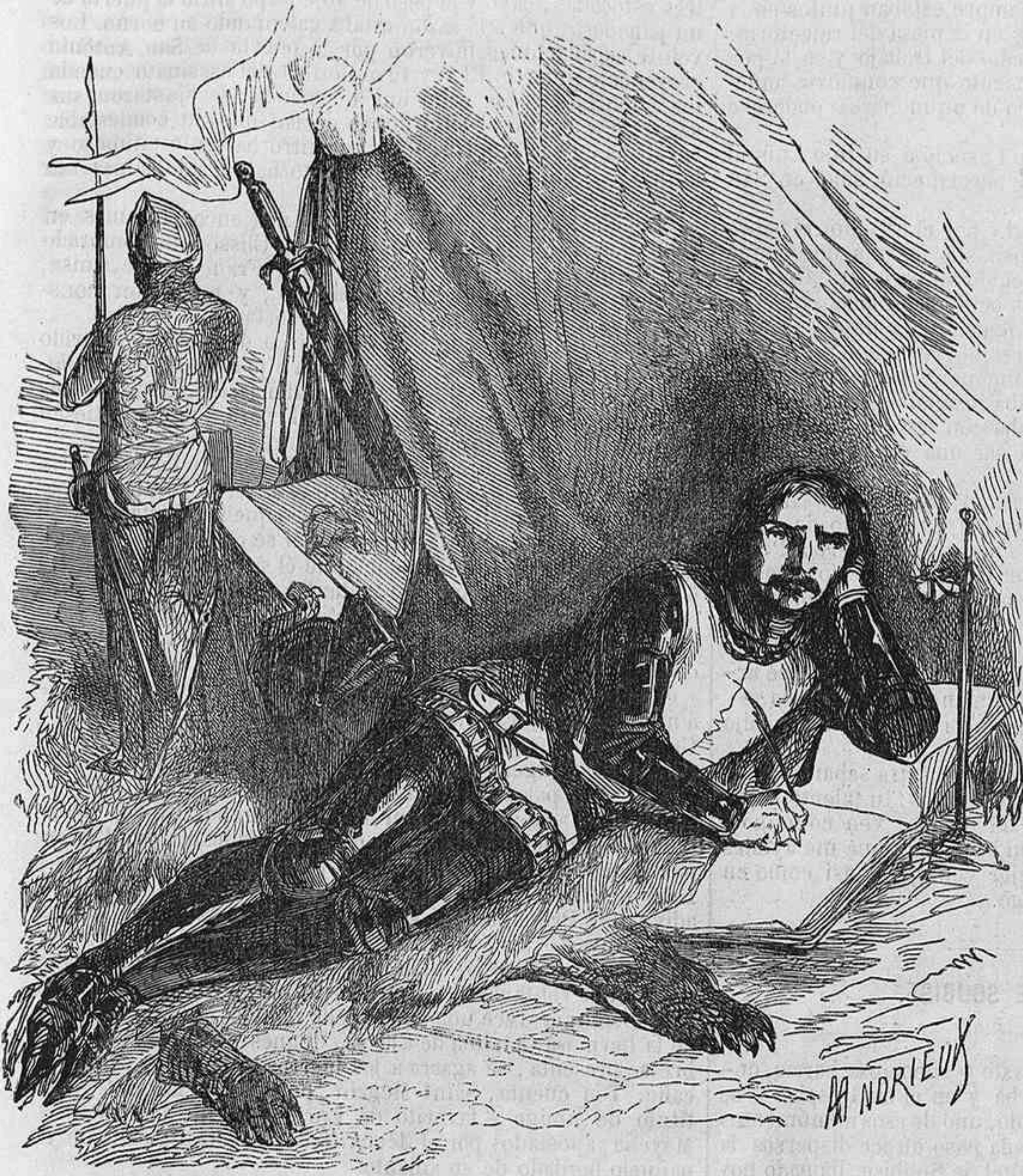
(Continuará.)

LA MANO DERECHA DEL SEÑOR DE GIAC.

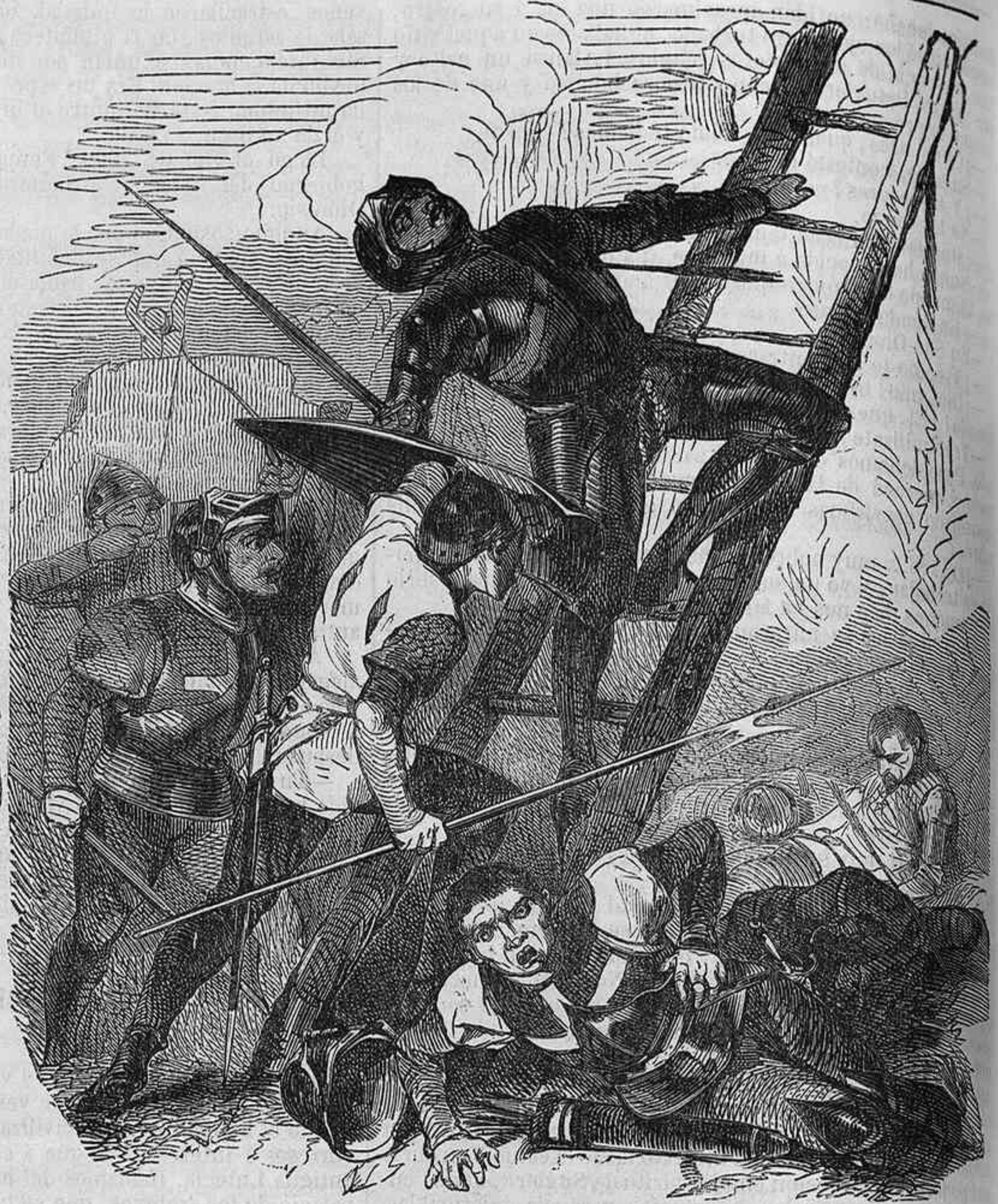
(Continuacion.)

En este instante se echaron cincuenta escalas; y animados con el ejemplo del condestable, todos se preparan á combatir denodadamente cuerpo á cuerpo, y á hacer prodigios de valor.

Ya los sitiadores habian subido á la mitad de la muralla, cuando se dejó oír detrás de ellos el grito de «¡los ingleses!»



La mano derecha del señor de Giac.



La mano derecha del señor de Giac.

¡los ingleses!» Desde luego los arqueros encargados de proteger el ataque, creyéndose sorprendidos, levantaron sus escudos del suelo, y colocándolos sobre sus espadas repitieron el mismo grito que les había alarmado. Entonces los sitiadores, viendo que no quedaban para combatir mas que los caballeros y ellos, aumentaron sus esfuerzos; pero los sitiados arrojaron sobre sus cabezas desde lo alto de las murallas piedras,

ejército, que habiendo estado acometiendo todo el día, apenas le quedaba fuerzas para estar á la defensiva.

Arturo fué uno de los primeros que se arrojó de las escalas para hacer frente á este nuevo ataque; y todos, reconociéndole por sus gritos de guerra y por los mandobles que repartía, se reunieron alrededor de él. Se habia pues restablecido el combate con nuevo furor y encarnizamiento al pié

que habian perdido. Ellos peleaban y seguian defendiéndose, mas bien para morir como valientes que por vencer, y tambien para que viendo empeñado y comprometido al condestable, les diera vergüenza abandonarlo. Pero era evidente que aplazaban su fuga para despues del combate: así pues, todos los esfuerzos de los ingleses se dirigian contra el denodado Arturo, que lleno de ardimiento y de furor, rechazaba las



La mano derecha del señor de Giac.



La mano derecha del señor de Giac.

maderas, vigas y toda clase de proyectiles que la táctica de los sitios recomienda tener reunidos sobre las murallas hasta que se da el asalto: en el mismo instante, un cuerpo de caballería se hace abrir la puerta mas inmediata, y estendiéndose por la llanura va á cargar por la espalda á este

de las murallas; pero los caballeros bretones, á pié y cubiertos con sus pesadas armas, se veian aniquilados por las piedras lanzadas de lo alto de las murallas, divididos en sus flancos por las flechas de los arqueros, y atacados de frente por la caballería sin esperar por lo tanto que resarcirian la ventaja

acometidas de sus contrarios, y guardaba buen orden en sus filas por mas que fuera grande el empeño por dividirlos y desbaratarlos.

De repente el grito de Breña y Richemont dado por voces amigas, se hizo oír del otro lado de esta mole que oprimía



La mano derecha del señor de Giac.

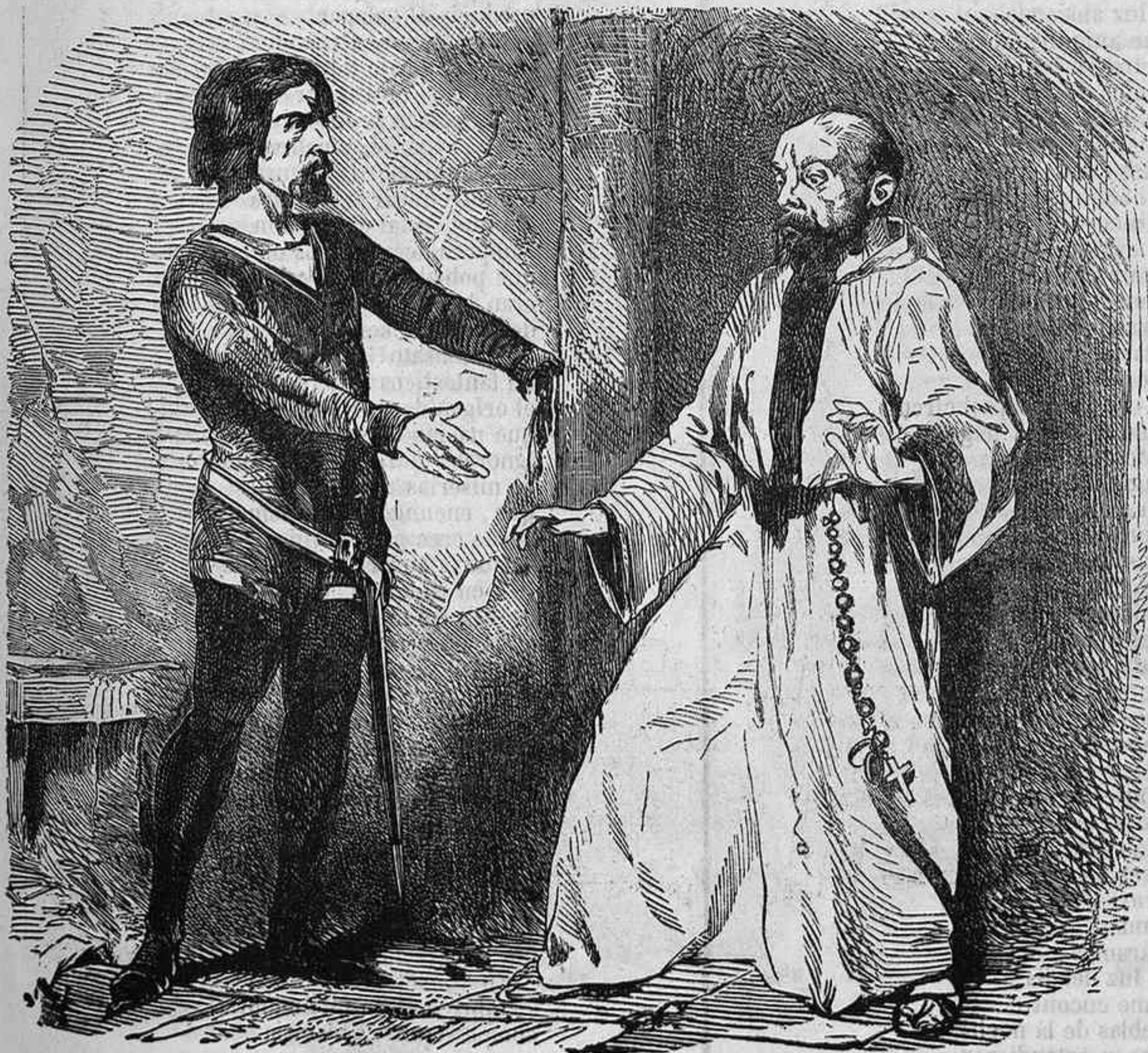


La mano derecha del señor de Giac.

...a los sitiadores contra la muralla; grito que fué contestado con el de *Bretones, Bretones*, y repetido con viva inquietud por los soldados de las murallas. Hubo gran desorden en las filas del ejército inglés; hombres y caballos corrían desalentados y aterrados ante un poder invisible aun, pero que se aproximaba mas y mas. Por último, como dos minadores que se encuentran y hacen sucumbir con estrépito el pequeño

...senta, y apoderándose de una hacha que halla en el arzon de la silla, persigue espada en mano á la caballería inglesa hasta las puertas de la ciudad, que se cierran á pocos pasos de él. Entonces vuelve al sitio donde se empezó á dar el asalto, y halla que habian sido quitadas las escalas, abrasadas las faginas por los fuegos resinosos arrojados por los contrarios, y que los soldados llenos de cansancio y de fatiga indicaban

Al llegar al campo supo que la fuerza mandada por Guillermo Eder no habia sido mas feliz que la suya, y que desde el principio del asalto fué Guillermo derribado por una enorme piedra que los ingleses hicieron rodar por las escalas. A monseñor de Molac le dejó muerto una herida de flecha pasándole de parte á parte; y el caballero Alain de la Mota, acosado contra un estanque, se vió precisado á arrojarle á él con su caballo,



La mano derecha del señor de Giac.



Las cenas del Directorio.

...espacio que media entre ellos, la débil muralla que separaba á Arturo de los socorros que le llegaban, fué derribada, y monseñor de Cartidi sangriento y mutilado, vino á caer espirante á los pies del condestable.

Arturo se arroja sobre el primer caballo que se le pre-

...por la expresion de sus fisonomías que solo la obediencia les obligaba á seguir á su jefe. En vista de tan triste cuadro, comprendiendo Arturo que estaba perdida la jornada, dió la señal de retirarse, y los ingleses se llenaron de regocijo porque no la esperaban.

no habiendo vuelto á presentarse en el combate. En fin, esta escaramuza habia sido tan fatal á la caballería bretona, que bien puede decirse que por sus resultados fué una gran batalla perdida.

Arturo dió las contraseñas á la guardia, y retirándose

á su tienda dió orden que no viniera nadie á perturbarle. Permaneció así aislado y sin tomar ningun alimento hasta las diez de la noche, en que sintiendo una gran debilidad se decidió á llamar al centinela que debía velar ante la puerta de su tienda.

El centinela no respondió.

No comprendiendo Arturo este silencio, dió dos pasos hacia la puerta y no encontró en ella persona alguna. Entonces llamó á su secretario, sus escuderos, sus pajes, y les interrogó; pero nada pudo saber mas que durante la tarde habia ocurrido alguna cosa estraña en el campo; que se vieron figuras siniestras, á quienes se dirigió la palabra sin obtener respuesta. Por último, volvieron á entrar al anochecer, y se encontraron á estas mismas figuras paradas y cubiertas sin haber podido aprender mas.

En este momento una luz sangrienta se apareció hacia el Oriente en el extremo del campo, se enrojecieron las estrellas, y el cielo se tiñó de púrpura. Las tiendas de los arqueros eran presa de un grande fuego, y sin embargo, ningun signo de alarma se habia dado á conocer.

Arturo contempló estupefacto este fuego silencioso que tan rápidamente se aproximaba, sin que ningun esfuerzo se opusiera á su violencia. Apresuróse á prestar atención á ver si oía algun clamor angustioso, ó si veía aparecer á sus soldados en medio de las llamas. Mas al contrario, todo permanecía mudo y silencioso, como si hiciera un siglo que estas tiendas habian servido de morada á los hombres. Por último, no pudiendo dominar por mas tiempo su impaciencia, él mismo se puso á dar gritos de alarma.

Un caballo medio abrasado que salia de una barraca hundida y que pasó rápidamente cerca de él dando un relincho de dolor, fué la única criatura viviente que le respondió.

Entonces la verdad se le presentó horrorosa como un espectro. Sus rodillas temblaron, y el sudor de la vergüenza corria por su rostro.

El ejército entero se habia fugado al poner fuego á las tiendas, sin tener reparo en dejar solo á su condestable.

III.

Esta defeccion inesperada, y que tenia por causa la falta de disciplina en el ejército, conducia tan mal los negocios de Carlos VII, que jamás se habian visto en un estado tan deplorable. Era por demás generoso y heróico el comportamiento del conde de Richemont, que sacando del ducado de su hermano los veinte mil hombres con que puso el sitio de Saint James de Beuvron, les habia sostenido con sus propios recursos mientras le fué posible, aunque contando siempre con una suma de cien mil escudos prometidos solemnemente por el rey, escudos que se sacaron por una contribucion estraordinaria despues de haber sido votados por los tres estados reunidos de Meun-Sur-Yevre, y que no se le entregaron, sin saber á qué atribuir la causa; así pues, los nuevos esfuerzos de uno de los mas grandes vasallos de la corona se habian estrellado contra la inercia del monarca.

Los ingleses ocupaban la Normandía, la Champagne, la isla de Francia y la Cayena, teniendo la Borgoña por aliada; eran dueños de todos los puertos de Francia, y recibian diariamente toda clase de socorros de hombres y de dinero de la madre patria, que distante del teatro de la guerra se mantenía rica y populosa. No se concibe pues cómo el delfin conservaba aun en Francia algunas provincias que le servian de refugio mas bien que de reino, si no se tiene presente que las guerras de aquella época carecian de un plan uniforme y regular que sirven de base á las que se hacen en nuestros tiempos.

Cada capitán marchaba á su arbitrio y segun los arranques de su genio; su ejército se aumentaba ó se disminuía segun el dinero con que contaban para pagarle. Si faltaba el sueldo, los soldados se dispersaban é iban á buscar otro capitán que les pagara mejor, sucediendo muchas veces que la necesidad ó la codicia les obligaba á buscar jefes en el campo enemigo; las campiñas estaban devastadas, las ciudades espuestas á los excesos de los nuevos dueños; se sucedian los jefes de mando tres ó cuatro veces al año, y puede decirse que la guerra era un repetido combate de particulares, sin otro resultado que la ruina de las provincias, ocasionada tanto por los defensores como por los conquistadores. En medio de todo esto los ingleses seguian haciendo progresos, pero con demasiada lentitud, pues sus capitanes atendian mas bien á aumentar su fortuna y su honor particular, que á dar realce á la fortuna y honor de la causa que habian abrazado.

Carlos VII, que nosotros hemos dejado niño aun en nuestras últimas crónicas de Francia, se habia hecho hombre durante los cuatro años que se sucedieron desde la muerte de su padre hasta los momentos en que da principio nuestra historia, pero era por la edad, mas no por el carácter. Este príncipe reunia las cualidades que obligan á un pueblo á amar á su soberano, pero no las indispensables para hacer un rey temido y respetado de sus vecinos. A pesar de las críticas circunstancias en que se hallaba, él no habia tratado de ensayar á dónde llegaban los recursos y fuerzas de su persona, contentándose con llamar á su socorro aliados, que si bien disculpaba la necesidad, no la recomendaba la prudencia.

(Continuará.)

Creemos que nuestros suscritores, lejos de llevar á mal que les llamemos hoy la atención hacia una Serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, en la cual vamos á empezar á publicar obras notables españolas y extranjeras, celebrarán que les ofrezcamos un fragmento del segundo capítulo de los CUENTOS DE UN LOCO, nueva produccion de Zorrilla, con que va á inaugurarse la serie á que nos referimos, que es la quinta; en ella aparecerán las obras siguientes:

CUENTOS DE UN LOCO, por Zorrilla. LA PIEL DE ZAPA, por Balzac. EL ASNO MUERTO, por Julio Janin. IVANHOE, por Walter Scott. CUENTOS de Carlos Nodier. DELEITAR, por Eugenio Sue. LA TORRE DE MONTLERY, por Viennet. CLARA DE ALVA, por Mad. Cottin. LOS DOS LOCOS, por Jacob. MARÍA STUARDO, por Schiller. VERTHER, por Goethe. EL GRILLO DEL HOGAR, por Carlos Dickens. ADOLFO, por Benjamin Constant. LA JERUSALEN LIBERTADA, por el Tasso. EL ESCUDERO DE AUBERON, por Melania Waldor. GENOVEVA, por Karr. MEROPE, por Alfieri,

traduccion en verso de Hartzzenbusch. UNA HISTORIA SENCILLA por Inchbal. LOS ESPIRITUS DEL HOGAR, por Leo Lespes. LOS MISTERIOS DE UDOLFO, por Radcliffe. FÁBULAS de Florian, etc.

En el prospecto especial de estas obras, que estamos circulando, pueden verse los detalles del sistema y condiciones de publicacion tan conocidamente ventajosa. Hé aquí el trozo de que hablamos arriba, elegido al azar de las páginas del manuscrito que estamos imprimiendo:

CUENTOS DE UN LOCO.

EPISODIOS DE MI VIDA,

POR

D. JOSÉ ZORRILLA.

TOMO I.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LOS PRIMEROS COMPAÑEROS QUE ME DEPARÓ LA SUERTE EN EL PRIMER PASO DE MI MALA VIDA.

Hace ya diez y seis años: sobre la española tierra la tempestad y la guerra indignado enviaba Dios.

La situacion era crítica y árdua: como un torbellino la revolucion política todo la arrastraba en pos.

Creencias, ritos, costumbres, razas, letras, ciencias y artes tomaban por todas partes nueva forma, nuevo ser.

Un vértigo irresistible embriagaba por do quiera los ánimos: una era nueva empezaba á correr.

Dos pendones dividian en dos bandos nuestra patria, y dos razas acudian á su parte cada cual; y ambas para sí invocando á la justicia y al cielo, á cubrir de sangre y duelo iban su tierra natal.

Un viento extranjero, en libros y pinturas y diarios, pensamientos incendiarios nos traía sin cesar:

y sus átomos, lanzados por campiñas y ciudades, un germen de novedades no cesaban de sembrar.

A la luz de un alba nueva que anunciaba un nuevo día, diferente aparecia cuanto fué, cuanto existió: y cuanto tuvo hasta entonces contemplando usado y viejo, cambió el pueblo de consejo y lo nuevo idolatró.

Creó y dióse nuevas leyes libertad y luz ansiando, y lo antiguo aniquilando lo empezó todo á innovar. Era un tiempo de tormenta; los siglos y las edades tal vez tienen tempestades y equinocios como el mar.

Yo, cual átomo viviente de la raza innovadora, ví en lo nuevo nueva aurora que mi mente deslumbró: y sorbido por la tromba de las nuevas teorías, adoptándolas por mías, su balumbo seguí yo.

Como al centro de aquel círculo, como al foco de aquel fuego, á la corte desde luego acudir imaginé;

é insensata mariposa, de la luz vertiginosa del nuevo astro enamorada á su luz me aproximé.

El tranquilo hogar paterno una tarde abandonando, cuanto amaba en él dejando, por los campos me salí; eché á lomos de una yegua, y temiendo ser seguido, por el fondo mas tupido de unos montes me metí.

Al abrigo de lo espeso de sus recios enebrales, sus silvestres matorrales afanoso atravesé: mas las sendas ignorando y en sus páramos sin guía, me faltó la luz del día y perdido me encontré.

Las tinieblas de la noche por la tierra se estendieron y en mi espíritu surgieron los fantasmas del pavor. Me ví á solas cara á cara con mi Dios y mi conciencia, y al umbral de la existencia mi existencia me dió horror.

Creí oír á cada paso

del desierto entre los ruidos de mi madre los gemidos que por mí rogaba á Dios, y escuchar creí mil veces entre el vago son del viento de mi padre el grave acento que corria de mí en pós.

Cada rama que en su vuelo una ráfaga movia colosal me parecia, brazo alzado contra mí, y el perfil de cada tronco sobre el cielo destacado, ser fantástico apostado á atajar mi paso allí.

En la angustia de mi alma presentóme mi memoria de la fábula y la historia, de la fé y supersticion las medrosas relaciones que, escuchadas ó leídas, mantenianse escondidas en mi jóven corazon.

Cuanto oí ó leí de lúgubre, maravilloso y horrendo, fué en mi mente apareciendo de mi pánico al poder; de las Amadís y Orlando relaciones estupendas, á las cándidas leyendas del buen padre Nieremberg.

Exaltado mi cerebro con los cuentos de la infancia sucumbió á la estravagancia del delirio del terror: y, al poder de mi pavor, en fantasmas y esqueletos convertidos los objetos me giraban en redor.

Y las peñas y las matas, los enebros y zarzales, de contornos infernales revistiendo su perfil, se arrancaban de la tierra donde estaban arraigados, y danzaban animados por mi pánico febril.

El balar de las ovejas recojidas en los cerros, los ladridos de los perros que guardaban el redil, el susurro de las ramas, de las áuras el gemido, germinaban en mi oido pavorosos ruidos mil.

Nubarrones descarriados, impelidos por el viento del nublado firmamento sobre el fondo sin color, como ejércitos de mónstruos el espacio atravesaban, y los astros entoldaban con sus alas de vapor.

El rumor que en la hojarasca al cruzar por su espesura mi veloz cabalgadura producía al galopar, parecíame un estruendo producido bajo tierra por la laba opresa hirviendo de un volcan pronto á estallar.

Yo, cobarde, amedrentado ¡ay de mí! por la pavor, iba huyendo á la ventura sin que en tal desolacion comprendiera que los mónstruos que poblaban tierra y vientos eran los remordimientos del culpable corazon.

¡Insensato! yo buscaba en fantásticos poderes el origen de de unos seres que nacia de mi ser: ignoraba aun que es el hombre de miserias un abismo que, enemigo de sí mismo, se las crea por do quier.

Que la aurora que la vida tiñe en tintas de azul y oro, es un falso meteoro de la ciega juventud, y que el viento de los duelos, la amargura y desengaños, traen al alma con los años el hastío ó la virtud.

Yo corria de este mundo tras la gloria y la ventura, empezando la amargura de sus goces á probar: en mi sed de independencia yo mi hogar abandonaba, y, ya libre, suspiraba por la cárcel de mi hogar.

En aquella aciaga noche, siempre viva en mi memoria, comenzó mi loca historia y mi gloria comenzó. Al contarlas mis biógrafos las contaron puras, bellas: ¡ay de mí! no saben de ellas lo que sé tan solo yo.

Al contar como corria por los páramos perdido, me suponien conducido

por la gloria y por la fé:
yo que lloro los errores
á que el génio me ha arrastrado,
de sus flores coronado,
las espinas que dan sé.
¡Gloria! eden imaginario
que á los necios alucina,
de tus flores las espinas
nos oculta la ilusion:
esta al fin desvanecida,
convencido quien te adora
ó se desespera ú ora
desgarrado el corazon.

Yo, á Dios vuelto, de su gloria
me guarezco bajo el manto,
y los himnos que levanto
con fé ardiente y voz audaz
ya no aspiran á tejerme
una tienda con tus palmas,
sino á inspirar en las almas
una fé pura y tenáz.

Mas ¿dó voy, misero loco,
por mi cuento descarriado,
cual corrí descaminado
por los montes años há?
Les cruzaba en las tinieblas
sin amparo y sin camino,
entregado á mi destino,
descorazonado ya,

Sin osar volverme al cielo,
cuya faz me amedrentaba,
sin que viera sobre el suelo
esperanza de solaz,
escuchando los ahullidos
de las fieras y alimañas
con que heria mis oidos
cada ráfaga fugaz.

Aterrado, mas á impulsos
de la fé que en mí vivia,
con la voz de ¡madre mia!
á la Virgen invoqué:
á mi voz, como evocada,
una luz brilló á lo lejos,
cuyos trémulos reflejos
como un faro saludé.

Arrastrada por su instinto
ó por mas celeste influjo,
mi montura me condujo
desenfrenada hácia allí:
y aunque ya falto de aliento
casi y transido de espanto,
cual por virtud de un encanto
á verme entre hombres volví.

Dí en un adoar de gitanos;
con mi yegua, en su carrera
ciega, á través de una hoguera
desatinado salté:
su brida asieron cien manos:
cien lamentos, cien ahullidos
desgarraron mis oidos,
y caí y me desmayé.

Cuando volví á abrir los ojos,
halléme en una cabaña
cercado de gente extraña
que se ocupaba de mí.
Una desgredada vieja
con un candil en la mano,
me salmodiaba en gitano
ensalinos que nunca oí;

Y un hombre de faz morena,
orlada de anchas patillas,
me aplicaba á las rodillas
garrote con un cordel.
Yo comprendí con espanto
que á la vida me volvía
no la eficaz salmodia,
sino el tormento crael.

El dolor me arrancó un grito
y entrambos por mi ventura
cesaron en la tortura
que me daban á la par:
y al fin satisfechos ellos
y yo repuesto del todo,
empezóse de este modo
conversacion á trabar.

EL..... Señorito ¿á dónde bueno
tan solo y descaminado?
¿cómo así se la ha enredado
el demonio á su mercé?
Nada tema de nosotros:
espíquese francamente
su mercé, se halla entre gente
leal y de buena fé.

Vamos! no hay de qué asombrarse,
señor: déme acá esas manos
á besar; aunque gitanos,
somos hijos de Undivel,
y somos agradecidos,
y yo sé que si hoy mantengo
la pobre vida que tengo,
se la debo solo á él.

ELLA... Sí, señorito, bien sabe
mi hijo Ramon lo que dice:
su mercé se tranquilice
y mande como señor;
aquí el agradecimiento
á su mercé es muy profundo,
y le mira todo el mundo
con respeto y con amor.

Pasaba yo mis miradas
de la gitana al gitano,
y un recuerdo muy lejano
pugnaba por aclarar

en mi memoria: eran gentes
á quienes yo conocia
sin duda, mas no podia
quiénes fuesen recordar.

Ví empero que mi silencio
á ofenderles comenzaba,
mas á anudar no acertaba
la rota conversacion:
á pesar de sus protestas
de lealtad y de celo,
no sé qué necio recelo
me embargaba el corazon.

Tal es el hombre: su instinto
la sociedad estravia,
y no le sirve de guia
naturaleza jamás;
cuanto mas civilizado,
mas ciego y mas lejos de ella,
desconoce y atropella
su bien, le pierde quizás.

La bestia mas insensata,
una vez agradecida,
jamás el semblante olvida
del amigo ó bienhechor:
el perro nunca equivoca
con el amigo al contrario;
solo el hombre temerario
funda su instinto en error.

Así yo desconociendo
las señales verdaderas
de las palabras sinceras
de mis amigos dudé,
y descarriado mi instinto
por mi educacion viciada,
por doblez vil y taimada
la sinceridad tomé.

El gitano, mas grosero
y menos civilizado
que yo, mas mejor guiado
por su instinto natural,
me perdonó generoso
aquella injuriosa duda,
mi desconfianza munda
interpretando leal.

«Vaya, señorito, (díjome)
fuerza es que yo á la memoria
le traiga una vieja historia
que abone mi lealtad.
Yo soy aquel veredero
que en la sierra fusilado
iba á ser, y fué salvado
por su generosidad.

Vea su mercé si puedo
pagar con algo esta vida,
que es deuda que contraida
tengo yo con su mercé:
como su mercé á mí entonces,
estoy pronto hoy á ayudarle
sin pararme á preguntarle
de sus hechos el por qué.»

Vínome el rubor al rostro
al tiempo que la memoria;
verdad era aquella historia;
cogido en una ocasion
como espía en la montaña,
el jefe de la partida
liberal le dió la vida
por mi sola intervencion.

Dijo el jefe: «por mi parte
que huya y se salve si puede:
yo procuraré que quede
solo: no puedo hacer mas.»
Fué noche: dejéle atado
su guardian olvidadizo:
le di un cuchillo, y él hizo
en la sombra lo demás.

Deslizóse cautamente
hasta el fondo de un barranco,
y probó que no era manco
llevándose hasta el cordel
y el cuchillo: mas ¿quién prueba
que generoso no quiso
librarme del compromiso
de connivencia con él?

Reconocile con gozo,
lloré y le tendí la mano;
besóla con el gitano
su vieja madre tambien:
y puestos los tres de acuerdo
para el porvenir, me dijo
la vieja: «fie en mi hijo,
señorito, y duerma bien.»

Mataron la luz: cerraron
la puerta de la cabaña,
y á mis piés se acomodaron
en un misero jergon.
Yo era aun un niño: el cansancio
me rindió en breves momentos,
y ahogó mis remordimientos
el sueño en mi corazon.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPÍTULO VII.

El pliego.

Las doce daban en el reloj de la escalera grande del castillo de Rencey, y á esta hora comia el viejo marqués, hombre de añejas costumbres y tradiciones, á quien la locura arrastraba siempre hácia el recuerdo de tiempos pasados. El an-

ciano caballero solo vivia retrospectivamente, y su memoria conservaba con asombrosa exactitud todos los sucesos que habian precedido á los primeros dias de la revolucion. Desde esta época se confundian sus recuerdos y no veia claro entre el polvo de lamentables ruinas: si alguna vez vislumbraba la verdad, si se presentaba á sus ojos casualmente el espectáculo de las recientes catástrofes de su patria, su locura tomaba un carácter de violencia que asustaba. Su cólera sin embargo era de corta duracion; volvía á caer en sus habituales accesos matemáticos, desvaneciase el delirio febril, y tornaba á entregarse á sus quiméricas visiones; esta situacion entristecía á cuantos le rodeaban, pero era feliz para él, pues con ella recobraba la calma, la salud y la vida.

Elena servia el café á su padre en el comedor, y el marqués, que era muy amigo de la conversacion en aquellos momentos, siempre referia á su hija anécdotas de corte que esta habia oido ya mil veces, pero que escuchaba con deferencia respetuosa y benévola sonrisa.

—En efecto, señorita, dijo aquel dia el ex-marqués: Voltaire tomaba catorce tazas diarias de café, y no por eso tenia menos talento. La tragedia *Méropé* salió una noche del fondo de una taza de café: en cuanto á *Orosmane*, nunca hubiera escrito su autor esta frase tierna y sublime: ¡*Llorais, Zaira!*... si no hubiese tomado café antes de emprender su tarea.

—Es decir que su vena estaba en ese licor, contestó Elena.
—Sin la menor duda. ¡Ah! ¿Está ya preparado mi traje de caza? ¿Ha llegado ya el mariscal de palacio para inspeccionar mis caballos? Mañana debo acompañar al rey, y se dice que tambien la reina concurrirá á esa cacería. Si el viento se sostiene al Sudoeste, podremos lanzar tres ciervos, porque todos los vientos del Sur son excelentes para hacer resbalar á la familia de los venados. *No hay caza con viento seco*, señorita: acordaos bien de esta sentencia.

—Decís bien, padre mio.
Entre tanto trascurría el tiempo, y veia Elena con ansiedad llegar la hora de la cita que habia dado el dia antes. Su anhelo era discurrir un medio de proporcionar al capitán Raimundo una entrevista con el marqués, sin que su visita le fuese perjudicial. Temia el primer impulso de la irritacion de su padre; preveia una escena violenta; pero consideraba tambien las ventajas de una reconciliacion con aquel noble y valiente oficial, que podia proteger á su padre y á ella misma en todo evento.

—Padre mio, dijo al fin decidiéndose, os gusta mucho la caza, y esa es una pasion muy noble; pero teneis un vecino que es ciertamente uno de los mejores cazadores del país.

—¿Cómo se llama, señorita?
—Es un militar á quien elogian en extremo.
—¿En qué arma sirve? ¿En la caballería lijera ó en los dragones encarnados?

—Creo que en los dragones.
—Es decir, en los del duque de Penthièvre.
—Tal vez: lo que sé es que os admira.
—No le conozco. ¿Qué edad tiene?
—Unos veintiseis ó veintisiete años.
—¿Es caballero?
—Ciertamente.
—¿Bien educado y de conducta irreprochable?
—Ya os he dicho que todos hablan de él con encomios.
—Pues bien; que me lo presenten, y si puedo serle útil, lo haré con gusto.

—Debo añadir una circunstancia, padre mio: ese oficial tuvo en otro tiempo relaciones con nuestra familia.
—¿Ah! ¿Ah! ¿Con que le serví en algo?
—Me parece que sí... y se me figura que hoy puede á su vez favorecernos...

—¡Hola! ¿Tambien es presuntuoso? observó el pobre loco.
—Aunque somos muy queridos y respetados en el país, no ignorais que podemos tener enemigos; los tiempos no son buenos...

—Ya, ya: las clases bajas murmuran hoy mas que nunca contra la corte. ¡Bah! Que me den un par de regimientos y veremos.

—Ese oficial, repuso Elena, tiene grandes relaciones, y puede comunicaros pormenores muy curiosos é interesantes respecto á la sociedad, y tambien importantes noticias.

—Consiento en recibirle, y no tiene mas que venir al castillo. ¡Ah, señorita! Una palabra. ¿Conoce ese oficial á los de Vitry? Ya sabeis que tocante á este punto soy intratable.

Elena sintió que se le oprimía el corazon: pero animándose ante las dificultades, replicó:
—Nada debo ocultaros, padre mio: el militar de quien os hablo está enlazado con la familia de Vitry.

El marqués dió una fuerte patada en el suelo y se puso en disposicion de arrojar por la ventana el juego de café que estaba en la mesa. Elena se acercó á él, le cogió las dos manos, y le dijo:

—Escuchadme, padre mio: vos que sois tan bueno, tan leal y tan justo, no podeis desconocer que á esa familia, por grandes que sean sus faltas para con la nuestra, pertenece un jóven de gran mérito y de un corazon excelente. El caballero Raimundo de Vitry, perdonadme este recuerdo, ¿no fué un amigo fiel y constante de mi pobre hermano?

El marqués se levantó de un salto con los ojos inflamados y la respiracion fatigosa, y empezó á recorrer aceleradamente el comedor. De pronto se detuvo, y dirigiendo á su hija cólericas miradas, la dijo:

—¿Desgraciada! ¿Qué es lo que me traes á la memoria?
Y llevó las manos á sus ojos como para detener algunas lágrimas.

—Sí, añadió prosiguiendo su paseo, presente está aquí ese horrible acontecimiento. ¿Cómo y por qué he perdido mi Enrique? La causa... ¡Ah!... Sí... Una emigracion... un ejército de caballeros contra otro de rebeldes... mi hijo herido mortalmente en el campo de batalla.

—En el cual hizo prodigios de valor, se apresuró á decir Elena. Enrique cayó lleno de gloria, y fué sacado de entre los cadáveres por un amigo incomparable, por un hermano de armas, y merced á los cuidados de su compañero, murió rodeado de cuantos le estimaban en el ejército, en medio de los auxilios de la religion. ¡Ah padre mio! ¿Cómo puede relusar vuestro corazon la gratitud que debemos al caballero Raimundo de Vitry?

—Señorita, ya sé lo que merece ese oficial, cuya conducta

fué hasta entonces digna de elogio, y cuyos sentimientos se diferenciaban mucho de los que abrigaba su familia: pero si sirvió á mi hijo como decís, si tiene derechos á mi gratitud, ¿cuál ha sido despues su proceder? ¿No ha desertado de sus banderas? ¿No ha huido del ejército de la fidelidad, para pasarse al de los rebeldes? ¡Ah! Nunca, nunca podré olvidar esto. Ese oficial se ha deshonrado, y os declaro que jamás podré estimarle, ni pondrá los pies en esta casa mientras yo viva. Dejádme, y no me habléis de él.

Despues de pronunciar estas palabras salió el pobre marqués del comedor lleno de ira, y fué á encerrarse en el salon, donde le esperaban sus libros consoladores, sus quimeras, sus sueños, único bálsamo para sus tormentos y para su locura.

Elena, grande y fuerte en sus aflicciones, elevó el corazón á Dios por medio de la oracion: despues llamó á Margarita para que la acompañase á la puercecilla del parque.

El capitán, como el lector se lo figurará, fué exacto á la cita. Despues de anarrar el fiel Sultan al mismo árbol del día anterior, entró en el parque, y la señorita de Rencey le recibió con mayor confianza, pero con la misma reserva que en su primera entrevista.

No hay muger que esté al abrigo de las tentaciones de la coquetería, porque todas ceden á ese instinto, á ese deseo de agradar, que es su segunda naturaleza. La señorita de Rencey habia empleado aquel día en su tocador un cuarto de hora mas de lo acostumbrado, pues se presentó en el parque elegantísima.

A la preciosa bata de seda color de perla, que ceñía airoosamente su esbelto talle, habia añadido una especie de manteleta llamada *de la reina*, con finísimos encajes: completaba su adorno, tan sencillo como de buen gusto, un gracioso



Infancia de un gran ministro.

sombrero de paja, guarnecido de cintas color azul celeste que caían sobre sus hombros. Vestida de este modo se asemejaba á la duquesa mas jóven y seductora de la corte de Versailles.

El capitán, que hacia tiempo no estaba acostumbrado á apariciones tan bellas, se sobrecogió de respeto y de admiración: apoderóse de su alma una ternura involuntaria, y volvió á ver en Elena aquel ensueño dorado de su juventud, destruido tan cruelmente por el huracán revolucionario.

—Señorita, la dijo, permitidme os asegure que me agrada en extremo vuestra resistencia al absolutismo de esa reina que se llama la moda. Comprendeis perfectamente la libertad individual y la dignidad de la muger. Al proclamar la revolucion los derechos del hombre, ha olvidado los de vuestro sexo hermoso; pero vos sabeis sostenerlos. El derecho incontestable de la muger es el de parecer bella, noble y seductora con el traje de su eleccion.

Al escuchar estas palabras, pronunciadas con un acento que revelaba una admiracion apasionada, se sonrió la hija del marqués, y contestó al capitán:

—Dejemos por hoy á un lado la moda, porque traigo tristes noticias: mi padre se muestra mas inflexible que nunca. Solo le ilumina un rayo de luz para perseverar en su injusta antipatía...

—Se niega á recibirme... Vamos, señorita, eso ya lo esperaba yo: lo que me admira, lo que agradezco con toda mi alma, es que hayais vos tenido la bondad y el arrojo de hablarle de mi.

—Deseo la paz y la reconciliacion, caballero, y las miro como una mision para mí.

—Es decir, repuso Raimundo lleno de júbilo, que la señorita de Rencey no me aborrece...

—¡Ah! ¿Es posible que me hayais juzgado tan mala cristiana?

—Eso me reconcilia con la vida, observó el buen capitán.

Ya no temo los reveses de la fortuna: esperemos pues, señorita, porque el porvenir se anuncia claro y consolador.

Al llegar aquí el diálogo de nuestros jóvenes, apareció al fin de la alameda el honrado Mr. Clemente, mayordomo del castillo: se acercaba apresurado; y al dirigirse á él Elena, se



Infancia de un gran ministro.

estremeció, notando la expresion de disgusto que cubria sus facciones.

—¿Qué tenemos? le preguntó al fin. ¿Se ha puesto malo mi padre?

—No, señorita; está embebido en su lectura, y no sospecha el terrible acontecimiento...

—Explicaos por Dios... No ignorais que, con la ayuda del cielo, me creo bastante fuerte para soportar una desgracia.

—Sí, es cierto, contestó Mr. Clemente: leed pues, señorita, esta carta que han traído de Tours al castillo.

Elena cogió sin emocion visible un gran pliego doblado que puso en sus manos el mayordomo: abriólo lentamente y



El palacio de Soubise.

lo leyó hasta el fin. Raimundo entre tanto interrogaba con la vista á Mr. Clemente; pero este volvía la cabeza hácia otro lado y rehusaba explicarse.

Entonces se vió á Elena de Rencey elevar al cielo una mirada sublime y serena. Despues dijo:

—Cúmplase la voluntad de Dios: tiempo hace que yo veía este infausto suceso y estaba preparada á él. Id corriendo al castillo, Mr. Clemente, y procurad que pase mi padre á la biblioteca del segundo piso, para que nada llegue á entender. Vamos, Mr. Clemente, ya os sigo: tengamos valor y prudencia.

El mayordomo se alejó inmediatamente: Margarita lloraba presintiendo una gran desgracia, y el capitán, notando que Elena iba á despedirse de él, la dijo con una agitacion inesplicable:

—No, Elena, no: no os dejes así. ¿Qué desgracia es esa que os amenaza? Tengo la conviccion de que puedo servirlos en algo, de que tal vez puedo salvarlos. Hablad, señorita, hablad; os lo ruego en nombre de vuestro valiente hermano.

—Caballero de Vitry, escuchadme, porque sois digno de conocer este nuevo infortunio. Cuando emigró mi hermano, fué preso mi padre, y refugiada yo en casa de una de mis tías de París, pude conseguir á duras penas el triste privilegio de visitarle en la Conserjería. Fué juzgado al fin por el tribunal revolucionario, y este le sentenció á morir en la guillotina. Sus bienes fueron declarados pertenecientes á la nacion, y se consideraron como *de emigrado*. Llegó el 9 thermidor, y mi padre recobró su libertad; al punto salimos de París y vinimos á refugiarnos en la Turena. Pero su razon le habia abandonado: en cuanto á los bienes, permanecieron lo mismo, y nunca hemos podido hacer anular una confiscacion tan inicua; de modo que, á haberse presentado compradores, hace mucho tiempo que se hubieran vendido. Ya sabeis que los capitalistas solo han procurado hasta ahora ocultar sus caudales; pero al presente todo ha cambiado, y al fin va á realizarse esa venta, suspendida sobre nuestras cabezas como una espada. Se han presentado compradores, se han llenado ya for-



El palacio de Soubise.

malidades, y el castillo de Rencey y sus dependencias, nuestro asilo, nuestra única fortuna...

—Lo comprendo, murmuró Raimundo: tal vez dentro de dos horas tendrán que salir de esa residencia la señorita de Rencey y su padre. ¡Oh! No: no será así, porque hablaré al Directorio, reclamaré en todos los periódicos, y si es necesario, amotinaré al pueblo.

—Os perdereis sin salvarnos: consúmese el sacrificio; abandonaremos el castillo, y Dios nos guiará. Soy jóven y tengo aficion al trabajo: sostendré pues al pobre viejo con el sudor de mi frente. Adios, caballero de Vitry, adios... Raimundo.

Dicho esto, Elena echó á andar hácia el castillo; pero el capitán la seguía, despues de haber sacado del bolsillo una cartera y examinado varios papeles con ansiedad. Escogió entre ellos una carta cerrada con dos sellos de lacre negro, y recorrió con la vista varias palabras escritas en el sobre. De pronto rompió los sellos, y dijo con inspirado acento:

—Sí; el momento ha llegado; Dios lo quiera así.

En seguida desdobló el papel, y sus ojos brillaron con indecible resplandor. Empezó á leer la carta con tal ansiedad, que se oía el soplo de su respiracion anhelante. Dibujose al mismo tiempo en su rostro una expresion extraña; la admiracion y una especie de delirio le impedían pronunciar una palabra, y parecia que iba á ahogarle la emocion.

—Caballero, le dijo Elena, os habeis puesto malo; no me sigais mas lejos.

—¡Yo! exclamó Raimundo como fuera de sí. ¡No seguís! Al contrario, señorita; caminemos mas aprisa, porque no debemos perder un instante.

Y apresuró el paso con la cabeza erguida y tan orgulloso como si al frente de sus dragones acabase de destrozar al enemigo.

Margarita no lloraba ya; sostenia á su hermosa señorita, y caminaba aceleradamente siguiendo al capitán.

(Continuará.)